

P R E S E N T A C I O N

Adulto y niño a la vez, lector infatigable de Pablo de Rokha, infinitamente reservado, secreto, aun para sus amigos, Nicolás Miquea, el imprevisible Nicolás, escribe poemas que no le persuaden de sus dones. Percibe en la escritura las posibilidades más productivas de su ser, reconoce en ella su única vocación, sabe las exigencias de la obra, pero no tiene pruebas de que se mostrará digno de ella. Muchos poemas destruidos, muchos otros re-escritos, son los signos de este imperativo de escritura perfecta. Sólo excepcionalmente concede a un poema la prueba de que escribe. Tampoco se la proporcionan los poemas aquí seleccionados. Por eso les asigna el carácter de trabajo preliminar, de anticipación, de preludio, de reconocimiento.

La poesía de Miquea es morada de soledad. La conciencia de ella, no su compensación imaginaria, irrumpe en sus poemas, aun cuando quiera protegerse, disimularse en unas "historias de amor" significativamente distanciadas de toda mitología romántica. La autoironía interrumpe o destruye los excesos melodramáticos diferenciando esta escritura de la extremada autocomplacencia con la que muchos escritores inscriben en poemas sus historias de soledad. Y esto es porque los poemas de Miquea no son sólo espacios de recogimiento, sino también anticipos de una apertura; no sólo espejos de Narciso, sino intento de ruptura de los mismos; no sólo morada de urivoro, sino preludio de un encuentro con la historia de los otros.

Sin duda ésta es una poesía que sólo ahora miquea empieza a dar a conocer en recitales y revistas literarias, controlada siempre por ese imperativo de exigencia que prefiere dilatar la publicación esperando el despliegue de unidades líricas mayores. Ejemplo de rigor, siempre que se logre evitar el riesgo de un silencio. El silencio de la imposibilidad.

GILBERTO TRIVIÑOS

Prof. Instituto Lenguas

ENTRE DOS AGUAS

NICOLAS MIQUEA

[Llay Llay, abril 1951]

Luego del diluvio que representó Neruda para los jóvenes poetas de su generación y para los posteriores, aún no surge una voz lo suficientemente potente como para silenciar la *comparsa*. Ni siquiera el surrealismo, con todo el impacto que tuvo o debió significar, logró dar a luz a algún poeta de reales dimensiones (sin desconocer, por cierto, lo importante que fueron algunos de sus legionarios para el desarrollo de la poesía chilena) con la suficiente personalidad como para escapar a la tutela, no sólo de Neruda, sino también de Vicente Huidobro, otro de los grandes de nuestra poesía.

Alguien dirá, ¿y Parra, qué hay de Parra? Parra, pienso, más allá de ser un iconoclasta desencantado, no deja de ser un eslabón más de nuestra poesía que, aunque importante, en ningún momento alcanza las dimensiones volcánicas, o en su defecto, como a él le gustaría, las dimensiones antivolcánicas de una poesía sobresaliente. Ahora bien, si de reconocer eslabones se trata, no se puede dejar de recordar a Lihn, quizás si el único que ha reaccionado contra la costra mental que ha significado el vivir siempre al alero de los grandes de las generaciones anteriores. Además que Enrique Lihn, siendo para mi gusto, el poeta chileno que mejor ha asimilado nuestra tradición poética, es a la vez quien, de uno u otro modo, más ha innovado.

Es tarea, entonces, de las generaciones emergentes, acabar para siempre y en definitiva con la poesía hecha, al parecer, como a la medida de la bella durmiente, sin caer, por cierto, en el extremo de hacer una poesía regalada y gratuita, castrándose, así, de toda posibilidad de hacer una poesía duradera en cuanto a arte.

Hace un momento, cuando hice un recuerdo de los grandes de nuestra poesía, sólo mencioné a dos: Pablo Neruda y

Vicente Huidobro; dejando intencionadamente para este momento a Pablo de Rokha, quien, junto al peruano César Vallejo, representa en la actualidad la actitud poética a seguir para las nuevas promociones hispanoamericanas, considerando, desde luego, las circunstancias históricas diferentes en que les ha tocado vivir.

Después de lo anteriormente dicho, me resta únicamente el objetivo en sí de este texto, mis poemas: ellos, no son, de ningún modo, la muestra de una presunta obra definitiva y quizás si mis versos nunca lo sean, por cuanto considero que haré más y mejor poesía, en la medida en que jamás dé en el blanco. En resumen, me declaro en formación y me reconozco, en estos momentos, como un artesano del verso; lo que considero un paso previo para llegar a constituirse luego, en lo que se ha dado en llamar un poeta mayor, es decir, no ya un artesano, sino un artista de la materia verbal.

NICOLAS MIQUEA

MIS PALABRAS

Todo cuanto de aquí en adelante diga puede ser usado en mi contra como prueba absoluta de mi mala fe (por motivos sentimentales siguen suicidándose los secretarios municipales) sé que es difícil vivir que cualquiera no se ahoga en un vaso de agua que hay que tener poco seso y muchos pecados (yo digo que todo lo que viene ha de venir por acción del verbo ir devenir vamorir yo) hay cosas que no se dicen y que estallan como granadas en la mano cuando retornan los autos y cada cual registra sus bolsillos (yo diría que no he dicho nada útil) las murallas no lo creen y esperan con sus piernas abiertas (nadie se aprovecha de su mujer ni de la ajena todos buscan la otra) yo los espero aquí y que me juzguen (yo) aquí está el tribunal.

SOLO LOS AUTOS

Sólo los autos y las ruedas de los autos
Y Pléyanov que reincide y desmiente a las
mujeres en cuanto a su parecido con los
tableros de ajedrez 90 60 90 como si nada
como si cualquier cosa casi al borde osci-
lando en posición horizontal y escribiendo
sus últimas cartas.

Sólo los autos y las ruedas de los autos
al norte al sur al borde de lo sublime
de la rodilla arriba abajo bajo los últimos
diez años que expiran o suben centímetros
arriba de la madrugada.

TELARAÑAS

No hubo momento en que no creyera
en la suavidad
de tus ojos, libélula salvaje.
No hubo momento que no amaras
mis mandíbulas sangrientas,
tarántula rosada.
No hubo momento que no hiláramos
esta oscuridad sagrada, libélula,
tarántula,
no hubo momento que la oscuridad
no fuese trampa.

ARBOL

Déjame el silencio
de tus aguas,
llévate sonidos
y palabras.
Me basta sólo
para ser raíces,
la profundidad
de tus labios
y mis ansias.

AGONIA

Este poema viene a destiempo
para decirte adiós, Virginia,
orquídea de mis suspiros
y de mis camisas floreadas.
Este poema
trae un ostensible
retraso, Virginia,
jardinera de mis más serias
corbatas,

ruiseñor de los tejados nocturnos.

Este poema, Virginia, te trae
a los cien más melancólicos

caracoles del mundo

para decirte adiós

en una carta de despedida.

Este poema, Virginia,

lo saqué de una revista de historietas

hace ya mucho tiempo.

CEREMONIA

Mi permanencia entre las hierbas que se revuelcan
tenaces bajo mi zapato y toda esta lluvia pacien-
temente acumulada como lombrices tibias hundiéndose
en la tierra se van contra la luz de tu ventana
diciendo adiós a todo cuanto pensaba acerca de esa
soledad que a veces tú decías silenciando la madera
y los insectos que quizás alguna vez se hirieron
mordiendo en las raíces la vellosidad húmeda de la
tierra sin más alternativa que la de dejarnos el uno
junto al otro.

ELVIRA

Lo último que dijo antes de morir fue que se
moría y todo salió a pedir de boca pero no
como en el cine que sólo sabe de agonías
bróiticas de eroes eróticos alucinados
únicamente en virtud de malrazones senti-
mentales sino en un afán desesperado de amarse
a sí mismo en cada hueco en cada rincón de
permanencia innombrada pero esto es irse
como por las camas y hay quienes mueren de
pie casi como al borde del centro-asunto
siendo sólo cosa de jugarse de veras pero
Elvira lo sabe que no todo se muere que ni
siquiera al revés volveremos al principio
como cuando empezamos desnudos descubriendo
las palabras movámonos murámonos vistámonos
movémanos murémanos vistémanos.

GOBELINO

Ni tú ni yo sabemos nada de palabras mágicas
ni de gestos interminables
Coleccionamos happy ends en la oscuridad de los
cines de barrio
Soñamos el amor desnudo de los espejos desnudos
o la gota de agua en la transparencia de los aman-
tes amados amándose las mariposas mojadas y el fue-
go y el agua y la tierra estampados al mantelito
azul de las estrellas del mundo.

LUNA

Danzo a la lluvia y te dibujo
en la roca
Arranco tu corazón y te persigo
por los bosques
Soplo los huesos de mis antepasados
muertos
Y pierdo la memoria cuando quiero
recordarte.

CARAPALIDA

No es nada, te digo,
fue mi lengua en tu lengua
buscando el gusano
extraviado en la sopa.
No es nada, lo sabes:
es algo como andar
haciendo el bandido,
para terminar
invariablemente atado
al poste de tus labios.

RECADO

Yo quiero pedirle si usted
me hace el favor de mandarme
medio kilo de azúcar

Yo se lo pago sin vuelta

el Domingo

llueva o no llueva

Daniel

Espero el veranito

de San Juan

para poder cambiar de tema.

RECUERDO

Todo el renombre que llevo proviene de mis vanos
intentos por recoger tus señales

Pero no irás muy lejos con mi nombre entre tus
labios

Es cada vez más alto tu índice de monotonía

De cualquier modo es conveniente que sepas

la verdad de mis palabras

Aun cuando deba olvidarte para siempre

y sigas por las calles conduciendo dormida.

PINZO

Tú siempre me decías, te pareces

cada vez más al gato blanco

de mi casa, tú siempre me decías,

y yo te arañaba la falda y te lamía

por la cara, tú siempre me decías,

y yo te miraba de reojo

y me chupaba los bigotes.

RECUERDO

Aun cuando cambie de labios mi opinión sobre tus
pies delicados y suaves persiste

No dejo de pensar que cada mañana los abanicos

y las mujeres se extienden

anohecen

se suben

Mientras espero el charol de tus zapatos para
volver a verte.